

1. Una mirada nueva. La familia no es un problema sino una oportunidad

Lo que se pone en evidencia antes de comenzar a tomar en las manos AL es el hecho que se trata de un texto destinado a todos: no a los expertos de la pastoral familiar y tampoco sólo para los que están casados, sino a todos nosotros que venimos de una familia y formamos parte de una, convencidos que la familia está en el corazón de todos y está en el corazón de toda la Iglesia y que solamente volviendo a partir de la familia es posible anunciar el Evangelio hoy.

En el quirógrafo [manuscrito] que acompañó la entrega de la exhortación a todos los obispos del mundo encontramos escrito:

Querido hermano, invocando la protección de la Sagrada Familia de Nazareth, tengo el agrado de enviarte mi Exhortación Amoris laetitia para el bien de todas las familias y de todas las personas, jóvenes y ancianas, confiadas a tu ministerio pastoral.

Hablar de la familia, detenerse a considerar el valor insustituible es un bien para todos y es algo de lo cual hay gran necesidad.

Todo el documento es una invitación cordial a reconsiderar la realidad de la familia, a detenerse a reflexionar sobre cuánto se vive en ella para

aprender a descubrirla como lugar en la que la gracia del Señor actúa, no a pesar de, sino precisamente a través de nuestras imperfecciones, sufrimientos, alegrías, cansancios y buenos propósitos cotidianos.

La clave de lectura, dada desde el comienzo y confirmada continuamente, es que la familia es “espacio teologal”.

“La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos” (AL 315).

La invitación es reconocer esta presencia, a reconocer en la propia historia familiar el mensaje de Dios (cf. AL 30).

Se trata de un verdadero y propio cambio de perspectiva: Debemos ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas y el modo de tratar a las personas humanas han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica. Por otra parte, con frecuencia presentado de tal modo el matrimonio que su fin unitivo, el llamado a crecer en el amor y el ideal de ayuda recíproca quedó opacado por un acento casi excluyente en el

deber de la procreación. Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas adaptadas a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas. Otras veces hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejos de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario. (AL 36).

“Durante mucho tiempo hemos creído que con solo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas” (AL 37).

El anuncio cristiano que se refiere a la familia es “verdaderamente una buena noticia” (AL, 1) para toda la humanidad. Todos deben sentirse llamados “a cuidar con amor la vida de las familias, porque ellas ‘no son un problema, son principalmente una oportunidad” (AL, 7). La familia es el futuro del mundo, el motor de la historia. Aprender a estimar los

dones del matrimonio y de la familia ayuda a “sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo” (AL 5).

A todos nosotros se nos pide observar con cuidado a la familia, a nuestras familias, con una mirada nueva aprender a contemplarlas con la mirada de Dios.




Signos de interrogación

A nivel personal

- ¿Cómo miro mi esperanza de familia? ¿Se hacer memoria de su historia con agradecimiento?
- ¿Cuánto me detengo a considerar la acción de la gracia dentro de esta historia?
- ¿Qué lenguaje utilizo al hablar de mi familia?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué espacio y cuál atención reservamos a la familia en el compromiso pastoral?
- ¿Cuál es el lenguaje con el que hablamos?
- ¿Se advierte en las homilías, en las catequesis, en la comuni-



cación cotidiana una actitud de estima respecto a la familia?

- ¿Las familias se sienten acogidas en la comunidad eclesial? ¿Nos preocupamos de crear las condiciones para que la comunidad sea casa acogedora para ellas? ¿De qué modo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cuándo, cómo, con quién hablamos de familia?
- ¿Somos capaces de advertir la centralidad de la familia fuera de lógicas de especialización y de sectorialización (la familia no como una parte para absolutizar, sino como una clave de lectura, una aproximación global que es el centro a las relaciones)?
- ¿Cuánto valoramos la intergeneracionalidad en los caminos formativos y en la vida de la Acción Católica?
- La Acción Católica “formato de familia”: ¿qué significa para nosotros?

A nivel social/comunitario

- ¿Qué realidades de familias hay en nuestro entorno social?
- ¿Qué se percibe como necesidad en las familias de nuestras comunidades?
- ¿Qué “luces y sombras” se descubren en la sociedad acerca de la familia como espacio de amor y de encuentro?

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?



Proponerse tres acciones